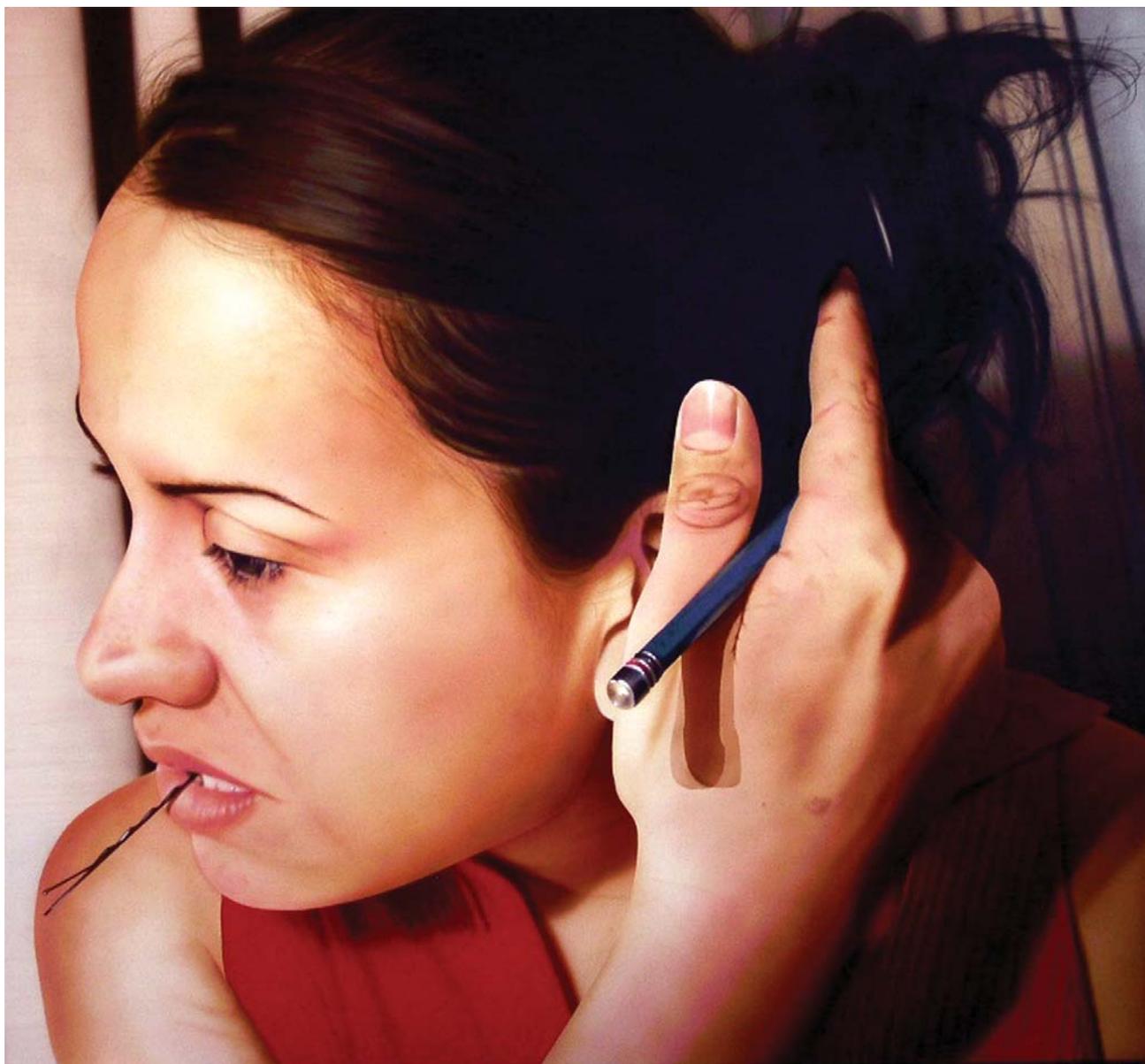


Los
primeros
latidos
de la **PASIÓN**
AMOROSA
en la literatura
de Occidente

CORAL AGUIRRE

EL AMOR SE GESTA ENTRE IGUALES. ESTO ES LO QUE PARECIERA ESTAR DICHIENDO LA LITERATURA CLÁSICA. CONVENGAMOS ANTES QUE SI EL AMOR ES UNA INVENCION LITERARIA, SU PREHISTORIA ESTÁ EN LA GRECIA ANTIGUA. Y EN ESTA PREHISTORIA DEL AMOR, ESE SENTIMIENTO NACE PRIMERO DENTRO DEL MISMO SEXO.

ACICALAR MIENTRAS SE ESCRIBE / ACRÍLICO SOBRE TELA / 135 X 150 CM



En este marco, ante todo, lo que me salta a partir de mis reflexiones quizás demasiado arriesgadas, es que el amor es un invento masculino, algo así como la necesidad de un oasis, de un opuesto en medio de la guerra. Hallar al amado, hacerlo suyo, sufrir por su ausencia, pareciera la metáfora del combate. Combate que se alarga en la seducción, conquista, avances, peleas, progreso y procesos. Vaya a saber dónde se encuentra la mujer a la hora de inventarse al amor. Si alguna vez sirve de referencia, no puedo ignorar que se encuentra al margen de la vida presupuesta en ese *agon*. Ella habita el gineceo, entre otras mujeres, en los espacios privados donde no sucede la guerra, arguyendo trampas para espiar y vislumbrar desde su escondite el mundo que no le pertenece. Como la Helena de Troya en las torres de la ciudad observando a las dos facciones que pelean por ella y lamentándose de una y otra sin ninguna elección previa. Otros han elegido por ella, Paris la ha raptado, Menelao y los ejércitos de Agamenón vienen a rescatarla. Ella llora por unos y otros, y a la postre regresará muy dispuesta a hilar por el resto de sus días a la vera de su marido legítimo. El amor no ha sido.

Afrodita es una diosa que está del lado de Paris, no de Helena. Y por supuesto, *La Iliada* no es la historia del rapto de Helena a causa de la pasión de Paris sino el relato de la cólera de Aquiles a causa del despojo de su botín de guerra, y su desenlace. Si Héctor, el heroico Héctor, nos emociona por las palabras destinadas a su esposa e hijo, notemos que su voz no está conmocionada por la pasión amorosa sino por la importancia de la madre a la vera de su hijo, para proteger la herencia, la propiedad, para que se disponga a cumplir bien su rol: el cuidado del hogar, del hijo, el cumplimiento de las normas. Es cierto que en *La Odisea*, Penélope, fiel y paciente, sortea todas las desventuras que la larga ausencia de Odiseo le ha provocado y permanece tan fiel como si la impulsaran los sentimientos más poderosos; pero tampoco ésta es la historia de una pasión amorosa, no hay el menor indicio que lo pruebe. Desearíamos como lectores participar en las expectativas del Eros que conmueva al uno o al otro, pero sospechamos que están viejos, fríos, o bien cuando se amaron lo hicieron al igual que Andrómana y Héctor en la *Iliada*, desde la obediencia a los roles normativos que como esposo y esposa, padre y madre les son destinados. Por otra parte, la pasión amorosa es gratuita, desinteresada, sólo compete a la carne y la

psiquis, no hay en ella el menor esbozo de utilidad o servicio tanto a la comunidad como a la familia, es ajena a la política, la religión, la sociedad.

Afirmo, pues, que el amor, esa producción masculina, viajó por muchos vericuetos antes de hacer de la mujer una participante, una cómplice. En la prehistoria del amor, según como lo prefigura Octavio Paz, lo que advierto, lo que percibo es un hombre seducido por otro hombre. Un sujeto deseante frente a un sujeto deseado. Qué sujeto podía ser la mujer de aquel tiempo destinada a una condición inapelable: “Tenemos a las hetairas para nuestra diversión, a las concubinas para nuestro servicio personal y a las esposas para que crien a nuestros hijos y atiendan la casa”, señalará Demosténes en el siglo V a. C. En cambio Patroclo es el amigo, el cómplice, el amado de Aquiles, su discípulo, quien sigue las huellas del hombre más valiente del mundo, el paradigma de la antigua Grecia. Patroclo quien sale a la guerra vestido con el escudo de Aquiles, su guía y su tutor, como después lo harán los caballeros andantes con alguna prenda de su señora que los proteja, en el periodo del amor cortés en el medioevo. Del mismo modo, Patroclo con el escudo de Aquiles se siente protegido y amado. Cuando Homero relata el dolor de Aquiles frente a la muerte de Patroclo, es curioso observar que lo hace no con el estilo directo que aplica en el caso de Héctor y Andrómaca en la torre, sino por medio del estilo indirecto en donde la descripción de las acciones de llorar y querer arrancarse los cabellos por parte de Aquiles resultan más vigorosas para corroborar la pérdida.

En este sentido, la invención del amor tiene su más profundo y bello alegato en *El Banquete* de Platón. Coincido con Paz que de los siete discursos que caracterizan y analizan el amor, sin duda el más bello es el de Aristófanes. El mito que relata Aristófanes no es una invención helénica sino que se inscribe en la mitología griega de carácter más arcaico y trata de aquellas criaturas, los primeros humanos, conformadas en tres categorías: machihembra, macho-macho, y hembra-hembra, quienes a causa de esta doble conformación fueron tan capaces e inteligentes que ponían loco al mismo Zeus. Así que sin dudar, los dioses decidieron poner fin a tanta autonomía cortándolas por la mitad. Y como en el cuento, hasta el día de hoy los humanos andamos buscando aquella parte que nos completaba y nos fue quitada. De tal modo los antiguos

sugirieron que las pulsiones homo y heterosexuales serían perfectamente legítimas.

En cuanto a la verdadera opinión de Platón respecto de ese sentimiento donde se mezcla el ansia y la ternura, está dada en la misma obra citada más arriba por boca de Sócrates. Es Alcibíades quien narra cómo ha deseado al sabio y de qué manera este último se ha abstenido para alcanzar el colmo del amor, es decir, de la fineza. Y si nos detenemos un poco en ello, veremos que toda la invención del amor que sobrevendrá en tiempos futuros halla su fundamento en la abstinencia que proclama Platón a través de Sócrates con relación a Alcibíades, el séptimo orador del banquete. Esa abstinencia que ha sido bandera de san Agustín y que une con tanta armonía el ideal platónico con el ideal cristiano.

Llevamos grabado a fuego en nuestros huesos ese idealismo y soñamos con un amor, una pasión amorosa, hasta el día de hoy, que vaya por encima de la carne y nos transporte al cielo. ¿No es acaso platónica la metáfora de Paz y además ilustra la fineza de Sócrates, cuando dice que la sexualidad es la raíz, el tallo es el erotismo y la flor es el amor? Tres niveles perfectamente categorizados: uno que nos enlaza con la naturaleza, la tierra y la bestia; el segundo la embriaguez de la carne y sus juegos eróticos producidos por la sofisticación de los sentidos, la imaginación, la conformación más sutil de la psiquis donde reside y se proyecta la sensualidad; y por fin el amor en la cúspide, cerca del cielo o en el mismo cielo, apartado ya de una sexualidad instintiva, también más allá de los placeres lúdicos, lúbricos, inteligentes, del Eros en acción. Lo bello, lo imaginado, deviene en ejercicio de abstinencia, en rigurosa retención de la carne, en poderoso espíritu que sobrevuela toda carnalidad. Ergo, llevamos a Platón en los huesos.

Hay otras vertientes, no obstante, en las fuentes de nuestra cultura occidental en aquellos tiempos arcaicos. Sorprende el vigor con que Afrodita se presenta renovada por el llamado femenino y cómo de servir a Paris al robarlo de la guerra y plantarlo en el lecho de Helena, se transforma ahora en la ayudadora que le exige ser una mujer. Queda lejos el amor sublime de Aquiles por Patroclo, donde el organismo de la pasión se escamotea —nadie tiembla, nadie se contrae, los suspiros son aire que se mezcla con el aire, nada, y el arrebató de arrancarse los cabellos es un acto que llega después, frente al cuerpo ausente—, por fin es la

diosa del amor en su apogeo al cumplir con el papel de cómplice no sólo en el campo de batalla y no sólo para reafirmar la potencia masculina.

Esta mujer que invoca a la diosa Afrodita cada vez que otra existencia la conmueve, no es cualquiera sin luces; al igual que los hombres ha obtenido sus laureles en el estudio y se constituye en sujeto por gracia de su arte, la poesía. Es una artista, la cual será calumniada como suicida, traidora, perversa, lasciva por la mayoría de sus colegas poetas romanos y medievales, quizás sólo por su singularidad. Es aquella que hizo decir a Solón, “Escuchar un verso de Safo y luego morir”, y a la que Sócrates nombrara como la décima musa, y cuyo poema fue considerado por los primeros médicos, a partir de Hipócrates, como el mejor diagnóstico de los síntomas del amor. Por primera vez, en lo que conocemos de la producción literaria de Occidente, se yergue un cuerpo que late, cambia, se contrae, sufre y se alegra, un cuerpo, no una mente, no el *pneuma* brindado por los dioses, un cuerpo de mujer, un organismo vivo. Desde entonces pareciera que será siempre una mujer la que abreve en sus entrañas, revelándolas, y un hombre, quien se vuelva hacia el afuera y mire desde allí: Te haré temblar, dirá, mientras la mujer será su opuesto: tiemblo, estoy temblando, voy a temblar.

En los mitos primarios los lazos de Aquiles y Patroclo me parecen los más fuertes, los más cercanos a lo que Occidente conocerá después como amor. Sin embargo, hay en ellos otra pasión que me desvela. Me refiero al incesto. El incesto, sublimado, halla en estos mitos una fuerza que no alcanzará a ningún otro vínculo humano. No quisiera detenerme en Edipo, puesto que la poesía trágica de Sófocles no aborda su práctica sino sus consecuencias. Nunca vemos a Edipo apasionado por Yocasta, más aún, ella es una suerte de madre protectora que él rechaza con la rebeldía de un hijo que no quiere ser sometido. Tendremos que esperar a Séneca, cinco siglos después, para que, tal vez con todo el peso de la culpa y el castigo cristianos, su Yocasta le ponga nombre a esos lazos y espantada clame aquel grito que pareciera resonar en nuestra propia humanidad: “¿Con qué nombre te llamaré?”.

Pero sí me parece prudente detenernos a pensar en Antígona, en Electra, en Fedra. Esas mujeres fuera de toda norma y toda visión femenina de su época, aparentemente ajenas a una cultura que las ha domesticado. A un código social, familiar y afectivo que no las tiene en cuenta. En ellas late un sino, una marca, un

destino que las hace singulares y no obstante depositarias de unos lazos mucho más antiguos: esos dos cachorros amantados por el mismo seno, esas dos carnes trémulas que frente al peligro que los acecha constantemente se aprietan la una contra la otra y viven el hambre y el frío en un abrazo cuyos ecos resuenan en esos cantos y alcanzan incluso hoy día a resonar en los nuestros. Hay una nostalgia de hermano y hermana en cada uno de nosotros, como si decir hermano, decir herma-

pas, los obstáculos, el laberinto de la razón, y rozar la médula de nuestros fantasmas más íntimos.

Así, en estos caracteres que hemos nombrado, sugerido, incierto, confusamente apuntado si se quiere, hay un *pathos*, no hay amor más grande en toda la literatura occidental que el de Antígona por Polínicos. Ella que naciera para el amor, no para la guerra, como lo enarbola frente a Creonte, se encamina con paso decidido hacia la muerte; es, de hecho, la novia de la muer-



na, conlleva una impronta más vieja, más larga, más honda. Los poetas de todos los tiempos se han hecho cargo. *Mon enfant, ma soeur...* ¿qué latido es este?, ¿la huella mnémica de aquel abrazo en la caverna?, tengamos en cuenta que los versos del poeta surgidos de la zona oculta y sagrada de su ser doblan las fronteras del lenguaje con la intención de echar por tierra las tram-

te, pues quebrar la Ley y el Orden es viajar del brazo de la muerte rumbo a los brazos del hermano muerto. Antígona sostiene entre sus manos la ley familiar, la ley aprendida frente al hogar, la ley que implica asimismo no dejar apagar el fuego, ser la guardiana de los propios muertos. En nombre de ello lo hace con el furor de la pasión más grande: Polínicos ha devenido por

obra y gracia de su insepultura el amante al que se destinan todas las invocaciones del amor. Él se ha vuelto el objeto de su deseo. Ella, enamorada, se yergue con la fuerza con que se presentarán las grandes heroínas de la pasión amorosa en la literatura. Será Julieta e Isolda, Cleopatra y Dido. Será, como antes Aquiles, herida de muerte por la ignominiosa muerte de Polínicés. Si Aquiles desespera por honrar a ese Patroclo cuyo cadáver los aqueos no pueden rescatar sino con inmensas pérdidas de sus hombres y ante el cual se prosternará durante los doce días que duren sus honras fúnebres, tal acto le es negado a Antígona.

En *Las bacantes*, Ágave se come a su propio hijo; claro, en el furor bacanal no lo sabe, pero todos reconocemos la sugerencia de los signos impresos en el drama de los personajes. Tampoco Fedra es la verdadera madre de Hipólito, es su madrastra, pero las reverberancias incestuosas permanecen.

La literatura cuya fuente son los mitos siempre narra a propósito de los deseos y los miedos que se alojan en nuestros corazones. Así, el Eros del maestro y el doncel, su discípulo, y asimismo las mieles amorosas surgidas en aquella Lesbos mítica donde Safo amara a las muchachas, siguiendo el modelo de los hombres, se multiplica hasta nuestros días en tantos casos anónimos de maestros y muchachos o muchachas alcanzados por los dardos de la pasión. Del mismo modo, la literatura ha seguido dando cuenta de las formas incestuosas cuyas formas expresivas son múltiples, y los poetas y escritores y filósofos se han visto seducidos una y otra vez por el aliento que se desprende de Antígona, Fedra, Electra, Yocasta.

Sin embargo faltan otros paradigmas como el de Narciso, esta otra manera de la pasión amorosa. También del mito de Narciso, espléndidamente tratado por Ovidio, se va a nutrir nuestra literatura hasta los días presentes. Pensemos en *El retrato de Dorian Gray*, por ejemplo, de Oscar Wilde, o en *Mujeres Apasionadas* de D.H. Lawrence. Allí se deslizan los sedimentos del mito. Por otra parte, debemos subrayar que mucha de nuestra literatura es profundamente narcisista, de hecho todo el siglo XIX lo es, e incluso un poco antes. ¿Cómo establecer los límites de la pasión amorosa en un Werther, en la Nueva Eloísa, en Adolfo? ¿Cómo saber si los grandes amores no son más que un reflejo del propio rostro en el espejo? ¿Hasta qué punto amamos como decimos amar o sólo es el otro, el cristal donde nos miramos? Narcisismo en parte absolutamente ne-

cesario para nuestra sobrevivencia psíquica y física, pero exasperado por la materia amorosa.

Por último, es el mismo Narciso al suicidarse por amor, aunque sea de sí mismo, quien nos lleva de la mano al suicidio de amor. Esa otra cara de la pasión amorosa, también tratada en los mitos primarios, aunque de un modo ambiguo.

Fedra se suicida por amor a Hipólito, el hijo de Teseo; después de la muerte de Patroclo, Aquiles busca el triunfo de los aqueos para vengarlo, pero también su propia muerte; Antígona elige su muerte al igual que Aquiles. Pero los suicidas crecen a medida que pasan los tiempos. La imposibilidad del amor o el estallido de la vida ¿quién lo sabe? A mí me late una respuesta muy arriesgada: en el colmo del amor, en el puro goce del dolor por el/la ausente, se produce un éxtasis, una euforia de vida tan fuerte, que se trata de dar un pequeño paso arrebatado y furioso y elegirnos para la muerte.

Finalmente Virgilio, sólo por ser ejemplar, y queriendo sugerir al lector de su tiempo una historia fundacional, toma la historia de Cleopatra y Marco Antonio, y en el afán precisamente de *contemporaneizar*, recurre a un personaje que alude a las guerras púnicas, a la lucha de los romanos en contra de los cartagineses, e inventa a Dido. Dido que retiene a Eneas y lo ama hasta el paroxismo. Pero, cosas que nos suceden a los escritores, se enamora de Dido, la cartaginesa, más que del propio Eneas, y escribe ese cuarto canto, su momento más sublime, más original, donde Dido se suicida por amor del troyano y entonces percibimos, deslumbrados, que Dido también es nuestra, habita nuestra sangre y participamos de sus lágrimas tanto como del abandono al que la constriñe Eneas.

Se ha completado el círculo. La antigüedad clásica no podía sospechar los alcances del amor tal cual llegaría al presente. No obstante supo iluminar con sus mitos todas las variantes posibles en su producción simbólica. Las generaciones y épocas que la siguieron sólo tuvieron que exacerbar los límites para revelar la topografía de la pasión, ya apuntada en sus obras.

Y como el espejo que nos inquieta por reflejar nuestra silueta vagamente parecida a la que suponemos propia, pero que al mismo tiempo nos ilumina a propósito de ciertos rasgos, aquella escritura poética de los griegos dio razón de los comportamientos expresivos y las conductas características de la pasión, guiándonos a lo largo de los siglos por una suerte de aprendizaje cuyas marcas siguen siendo literarias.